

FUNDACIÓN **MAPFRE**

La señal torcida

Carlo Frabetti

Instituto de
Seguridad Vial



La señal torcida

CARLO FRABETTI nació en Italia y reside en España. Escribe en castellano desde hace décadas. Es curioso, observador y tiene una enorme capacidad para enlazar mundos aparentemente inconexos: conjuga la formación matemática con su pasión por los cuentos clásicos, el humor con el rigor narrativo, complejas novelas para adultos con exitosas series infantiles y con la creación de guiones para programas televisivos tan emblemáticos como «La bola de cristal».

La Campaña Escolar es una iniciativa del Instituto de Seguridad Vial de Fundación MAPFRE para fomentar la educación vial en las aulas.

Dirección de proyecto: Instituto de Seguridad Vial de Fundación MAPFRE

Coordinación: Instituto de Seguridad Vial de Fundación MAPFRE

Edición y diseño didáctico: Mr. Garamond

Diseño y maquetación: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Carlo Frabetti

© De esta edición: Instituto de Seguridad Vial de Fundación MAPFRE

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

I.S.B.N.: 978-84-9844-315-8

Depósito legal: M-40520-2011

LA SEÑAL TORCIDA

Carlo Frabetti

FUNDACIÓN MAPFRE

**Instituto de
Seguridad Vial**

Cebras, ciclistas y ciclomotores

A Sonia solo le faltaban tres meses para cumplir quince años y, por primera vez en su corta pero intensa vida, sabía perfectamente y con mucha antelación lo que quería como regalo de cumpleaños: un ciclomotor. Pero sus padres, según le habían advertido al menos una docena de veces, no se lo iban a regalar a no ser que superara lo que ellos llamaban «rigurosas pruebas de aptitud y responsabilidad».

Sonia no tenía del todo claro en qué consistían algunas de esas pruebas, ni cuántas eran, ni en qué momento la estaban «examinando» sin que ella se diera cuenta, lo cual a veces la ponía bastante nerviosa. La promesa del ciclomotor (o más bien la amenaza de no regalárselo) le

parecía en ocasiones una especie de chantaje permanente.

Lo que sí que tenía claro era que no iba a ser fácil conseguir su objetivo. El padre de Sonia era representante de tejidos y tenía que viajar mucho en automóvil, y precisamente por eso sabía que «la carretera es peor que la selva», como solía repetir. No iba a permitir que su hija se adentrara sola en la selva si no la consideraba perfectamente preparada para ello.

—¿Sabías que un ciclista tiene más probabilidades de ser arrollado por un automóvil que una cebra de ser devorada por un león? —le preguntó su padre la primera vez que Sonia le dijo lo que quería como regalo de cumpleaños.

—Precisamente por eso quiero un ciclomotor, papá: para poder huir más deprisa que el ciclista; y que la cebra —contestó ella.

—Empezamos mal —replicó su padre—. Las cebras pueden galopar a unos 60 kilómetros por hora, y un ciclomotor no puede superar...

—Los 45 kilómetros por hora, ya lo sé, papá; no sabía que las cebras fueran tan veloces.

—Bueno, he exagerado un poco; en realidad, rara vez superan los 50... Por cierto, ¿cuándo puede un ciclomotor superar esa velocidad?

—Si circula por una autovía; en ese caso conviene que vaya a 60 kilómetros por hora, como tu cebra ultrarrápida, que es la velocidad mínima en autovías y autopistas.

—Pero los ciclomotores no pueden circular por autovías ni autopistas... ¿o sí?

—Por autopistas no, en ningún caso; pero pueden circular por el arcén de una autovía si no existe un camino alternativo.

—Y si sus padres no se lo prohíben terminantemente.

—De acuerdo, papá, no circularé por autovías, ni siquiera cuando no exista un camino alternativo y no haya otra forma de llegar al concierto del año.

—Para el carro, digo el ciclomotor. Esta es una conversación puramente hipotética. No digas «no circularé» como si ya fuera un he-

cho... No estoy seguro de que quince años sea una edad suficiente para conducir un vehículo a motor.

—Pero, papá, si antes daban el permiso a los catorce...

—Y precisamente por eso tuvieron que cambiar la ley: porque se dieron cuenta de que era una barbaridad poner una máquina potencialmente peligrosa en manos de unos niños.

—No seas carca, papá: un ciclomotor no es una «máquina potencialmente peligrosa», es una bicicleta en la que no hay que pedalear...

Hubo varias «conversaciones puramente hipotéticas» más, y al final sus padres dijeron, aunque a regañadientes, que no era del todo imposible que el regalo de cumpleaños de Sonia fuera un ciclomotor. De modo que ella empezó a ahorrar para comprarse un casco de los que protegen mucho y fardan más.

Ana, la mejor amiga de Sonia, que era siete meses mayor que ella, acababa de estrenar su flamante ciclomotor rojo de 50 cc, y estaban deseando poder ir juntas a todas partes. Bueno,

a casi todas. En el instituto, durante la hora del bocadillo, repasaban las preguntas teóricas. Para sacar el carnet, había que superar un test de veinte preguntas, y solo se podían fallar dos. Aquella mañana Sonia tenía ganas de hablar de otras cosas, pero su amiga era una profesora implacable.

—Cuando la calzada está mojada, ¿qué zona es especialmente resbaladiza? —preguntó Ana antes de darle un generoso mordisco a su bocata.

—Dime las tres posibilidades, lista —protestó Sonia.

—Está bien, te lo pondré fácil —dijo Ana con la boca llena—. Las rampas, los tramos de vía recién asfaltados, las marcas pintadas en la calzada.

—Las marcas pintadas en la calzada —contestó Sonia tras dudar unos instantes—, porque la pintura hace que la superficie sea más lisa. Y no me lo has puesto fácil.

—Tienes razón, es una de las difíciles; la mayoría de la gente dice «las rampas», porque pa-

rece que en cuesta se resbala más... A ver, ¿qué haces si te encuentras de frente a un agente de tráfico que mueve el brazo arriba y abajo?

—¿Es guapo?

—Clavadito a Brad Pitt.

—En ese caso, me paro en seco y le pido que me enseñe la placa y, de paso, que me dé su número de teléfono; pero si no es Brad Pitt, reduzco la velocidad.

—Bien. ¿En cuánto la reduces?

—No me hagas preguntas trampa, eso no lo especifica el código.

—Bueno, pues di que la reduces a discreción, o sea, lo que te sale de las narices... Tercera pregunta: ya tienes tu ciclomotor, vamos juntas y yo me caigo...

—Oye, esa no viene en los test de la DGT.

—Tal cual puede que no, pero parecida. Me caigo y quedo tumbada en el suelo. ¿Me quitas el casco para facilitarme la respiración, solo me lo quitas si estoy consciente, o no me lo quitas en ningún caso?

—En ningún caso.

—¿Por qué?

—Porque podrías tener una lesión de columna y al moverte el cuello podría dañarte la médula. Y a ver con quién voy a ir yo a montar en bici.

La señal innecesaria

Una de las «rigurosas pruebas de aptitud y responsabilidad» que Sonia tenía que superar si quería convertirse en la flamante propietaria de un ciclomotor, era acompañar a su padre una tarde a la semana en sus frecuentes viajes como representante de tejidos.

—Qué morro, así de paso te ayudo con los muestrarios de telas, que pesan un montón —protestó Sonia mientras terminaban de cargar el maletero del coche.

—Querrás decir que así de paso haces ejercicio —replicó su padre con una pícar sonrisa—. Te conviene estar en forma para manejar tu máquina potencialmente peligrosa.

—Ni que fuerais a comprarme una Tomahawk...

—Eso es un misil, querida.

—Qué antiguo eres, papá; la Dodge Tomahawk es una moto que alcanza los 675 kilómetros por hora. Pero no te preocupes: esa no os la pediré hasta que no haya cumplido los dieciocho...

Al salir de la urbanización, el padre de Sonia se detuvo en un cruce en el que tenía prioridad. Como le había dicho a su hija que comentara todas las incidencias del tráfico que le llamaran la atención, ella le preguntó:

—¿Por qué te paras, papá?

—Por prudencia —contestó él mientras reiniciaba la marcha tras cerciorarse de que no venía nadie.

—Una cosa es la prudencia y otra el canguelo, papi; tenías prioridad.

—Sí, pero sabía que ese cruce no era seguro.

—¿Has percibido con tu visión mental a un borracho dispuesto a saltarse el «Ceda el paso»?

—Ayer percibí con mi visión ocular que el «Ceda el paso» de esa calle está parcialmente tapado por las ramas de un árbol. Y, naturalmente, avisé al Ayuntamiento; pero dudo que lo hayan resuelto tan rápido, así que un pequeño plus de prudencia no está de más.

—Tomo nota del «Ceda el paso» camuflado, pues probablemente aún no hayan resuelto el problema cuando yo empiece a conducir; y también tomo nota del sabio consejo paternal.

—A tu padre puedes tomarle el pelo, ya está acostumbrado; pero mucho ojo con el profesor de conducción.

El padre de Sonia no condujo hacia la autovía, como de costumbre, sino hacia una carretera secundaria que pasaba por varios pueblos cercanos. Ella dedujo que lo hacía para tener más ocasiones de poner a prueba sus conocimientos.

—¿Estás tomando un atajo, papá? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Sí —contestó él imitando su tono irónico—. Un atajo didáctico hacia tu formación vial.

Tal como Sonia suponía, la clase empezó a los pocos minutos. Mientras cruzaban un pequeño pueblo desierto, su padre le dijo:

—Fíjate en el coche que va detrás de nosotros. ¿Qué está haciendo mal el conductor?

Sonia se giró y miró sin disimulo al hombre calvo y regordete que iba tras ellos.

—No está fumando, no está hablando por el móvil, lleva puesto el cinturón de seguridad, tiene las dos manos sobre el volante, mira al frente... Yo creo que no está haciendo nada incorrecto.

—¿Estás segura de que no está hablando por el móvil, ni siquiera con el manos libres?

—En primer lugar, hablar con el manos libres, aunque algunos piensen que es mejor no hacerlo, no es una infracción; y en segundo lugar, no, no está hablando ni siquiera con el manos libres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no mueve los labios y pone cara de bobo.

—Ahí tienes lo que está haciendo mal.

—Papá, hoy te estás pasando por todas partes. Si poner cara de bobo fuera una infracción, ya le habrían quitado el carnet a la mitad de la población masculina.

—La infracción es que tú puedas verlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que está lo suficientemente cerca como para que tú, a pesar del reflejo del sol en el parabrisas, veas que no mueve los labios y que la expresión de su rostro permanece impasible, que es la forma educada de decir que alguien pone cara de bobo. Y eso significa que no respeta la distancia de seguridad.

—¡Pero, papá, si vamos a 30 por hora!

—Y por lo tanto el vehículo que va detrás de nosotros tendría que estar a... ¿cuántos metros de distancia?

—A un número de metros igual al cuadrado de la velocidad expresada en miriámetros —se apresuró a decir Sonia—. O sea, tres por tres, nueve. ¿Y a cuánto está Carabobo?

—A no más de cinco metros. Si un niño alocado cruzara la calle corriendo y me obligara

a frenar en seco, Carabobo nos daría por detrás con toda seguridad; a esta velocidad y con los cinturones puestos no pasaría nada; pero es mejor evitarlo, ¿no te parece?

—Pues menos mal que hay pocos niños alocados cruzando las carreteras de improviso, porque me temo que casi nadie respeta la distancia de seguridad.

—Casi nadie, es cierto. Pero tu padre y tu madre sí que la respetan. Y espero que tú también lo hagas. Y para ello, lo primero es aprender a calcular las distancias a ojo. Vamos a practicar un poco...

Durante los minutos siguientes, Sonia se dedicó a calcular las distancias de los coches que iban por delante o por detrás de ellos. Al principio tendía a pasarse de metros, pero poco a poco fue aproximándose a los valores reales.

—En la duda, como con el fuego y los malos amigos, es mejor estar más lejos de lo necesario que más cerca —dijo su padre como conclusión mientras tomaba una curva.

A la derecha y cerca de la carretera, en la concavidad de la curva, había un pequeño recinto que debía de ser un cementerio. De allí salió de pronto un viejo de aspecto estrafalario, con un sombrero que parecía haber sido mordisqueado por un perro, y empezó a correr hacia el coche haciendo extraños gestos y horribles muecas. No parecía un vagabundo, pues su ropa, aunque sucia y arrugada, era elegante y de buena calidad; por sus gestos y la expresión desencajada de su rostro, habría podido ser un demente recién escapado de algún centro psiquiátrico. De no ser porque no había ninguno en muchos kilómetros a la redonda.

—No hay niños alocados en la carretera, pero sí viejos locos —comentó Sonia.

—Y borrachos, despistados, soñolientos, macarras, temerarios, adictos al móvil, fumadores compulsivos, cegatos, energúmenos... Por eso la prudencia nunca es demasiada —sentenció su padre.

—¿Te has fijado en la señal que había antes

de la curva, papá? —preguntó Sonia al cabo de unos segundos.

—Sí. ¿Me estás examinando tú a mí?

—Exacto. ¿Qué tenía de peculiar?

—¿Peculiar? Bueno, me ha parecido una señal más bien superflua, pues no era una curva peligrosa; era muy abierta y con buena visibilidad.

—Respuesta correcta. ¿Y a qué se debe?

—Un simple error de apreciación, supongo. En cualquier caso, no tiene importancia; lo preocupante sería lo contrario: que no la señalizaran como curva peligrosa y fuera muy cerrada... O a lo mejor ese viejo loco siempre está ahí y eso hace que la curva sea peligrosa.

Un sueño extraño

Esa noche Sonia tuvo un sueño extraño.

Era el día de su cumpleaños y en la puerta de su casa había un voluminoso paquete con un gran lazo rojo. Y dentro del paquete había un precioso ciclomotor plateado, que era como una versión reducida de la Dodge Tomahawk.

Sonia montaba en su flamante vehículo y recorría la urbanización, y todos los coches le cedían el paso, y todos los semáforos se ponían verdes al llegar ella, y los árboles apartaban sus ramas para que viera las señales de tráfico con claridad.

Luego salía de la urbanización y tomaba la misma carretera por la que había ido esa tarde

con su padre, y al llegar a la señal de «Curva peligrosa» el cartel empezaba a crecer y a fluctuar y acababa superponiéndose a la propia calzada, de manera que Sonia se veía obligada a girar bruscamente a la derecha siguiendo la flecha de la señal —que ahora se había convertido en la carretera misma— para acabar estrellándose contra la tapia del cementerio, aunque ni ella ni su ciclomotor sufrían daño alguno.

En la puerta del cementerio, el viejo loco que había corrido hacia el coche la invitaba a entrar gesticulando como un guardia urbano que estuviera dirigiendo el tráfico. Sonia entraba en el recinto y caminaba entre las tumbas hasta detenerse ante una que estaba abierta y que parecía un pozo sin fondo.

El viejo aparecía de pronto a su lado y la empujaba, y ella caía muy lentamente, como Alicia en la madriguera del Conejo Blanco. Caía en la oscuridad, y caía, y caía... hasta aterrizar sobre algo blando.

Que era el colchón de su cama. Sonia se despertó sobresaltada y encendió la luz. Esta-

ba bañada en sudor y tenía el pulso acelerado, aunque el sueño no había sido especialmente terrorífico ni desagradable.

Tardó mucho en volver a dormirse.

Y de pronto, en el duermevela previo al sueño profundo, comprendió por qué en una curva amplia y con buena visibilidad había una señal de «Curva peligrosa». Pero cuando se despertó, a la mañana siguiente, lo había olvidado.

El abuelo plasta

Como a menudo ocurre con los sueños y los pensamientos nocturnos, Sonia no solo había olvidado lo que había soñado y lo que había pensado antes de quedarse dormida por segunda vez: se había olvidado incluso de que había tenido un sueño extraño seguido de una idea reveladora.

Pero se levantó de la cama con una vaga desazón, que le duró durante el desayuno y mientras iba al instituto.

No podía quitarse de la cabeza al viejo del cementerio y, sin saber por qué, de pronto se acordó de su abuelo.

El padre de su madre era un hombre tranquilo y apacible, todo lo contrario de aquel

energúmeno que había corrido hacia el coche con el rostro desencajado. ¿Por qué los relacionaba? Tal vez por la curva supuestamente peligrosa...

Hacia un par de años, yendo en coche con su abuelo, no había querido ponerse el cinturón de seguridad. Era un trayecto muy corto e iban muy despacio; Sonia estaba jugando al Tetris en su consola portátil y el cinturón limitaba la movilidad de su brazo derecho. Pero su abuelo había insistido tanto que ella había acabado por hacerle caso, no sin antes decirle con un bufido:

—Qué plasta eres, abuelo. Ya sé a quién ha salido mamá.

—Pues no sabes cuánto me alegro —había replicado él riendo—. Si tu madre es tan plasta como yo en lo relativo a la seguridad, puede que mi nieta favorita llegue a la mayoría de edad.

Poco después, en una curva con buena visibilidad y que no parecía entrañar ningún peligro, un coche que venía de frente había inva-

dido ligeramente su carril, y aunque su abuelo maniobró con gran rapidez, no pudo evitar el choque.

Fue un impacto oblicuo y a poca velocidad, sin más consecuencias notables que destrozarse el guardabarros delantero izquierdo del coche de su abuelo. Pero la inercia hizo que la consola saliera despedida de las manos de Sonia y se estrellara contra el parabrisas, que se quebró como si hubiera recibido una pedrada.

—Si no hubieses llevado puesto el cinturón —le dijo su abuelo con tono de guasa—, tu linda naricilla estaría incrustada en el parabrisas.

En un primer momento, a Sonia le dio rabia que su abuelo hubiera tenido razón, y replicó absurdamente:

—Si no hubiese llevado el cinturón, habría podido sujetar mi consola y no se habría roto.

Su abuelo no dijo nada, y Sonia comprendió lo boba e injusta que había sido; pero el orgullo le impidió reconocer su metedura de pata.

Afortunadamente, al mes siguiente era el cumpleaños de su abuelo y Sonia tuvo ocasión de reparar su error; junto con el regalo, le dio una nota en la que ponía: «A mi abuelo favorito, al que tanto debo; entre otras cosas, conservar entera mi linda naricilla».

Una explicación... o dos

Durante la «clase teórica» del recreo, Sonia estaba distraída, como ausente. Su bocadillo descansaba intacto sobre sus rodillas.

—Si tu ciclomotor tiene instalada la luz de carretera, ¿por qué vías deberás utilizarla? —preguntó Ana entre bocado y bocado.

—Opciones —pidió Sonia.

—Vías interurbanas insuficientemente iluminadas, vías interurbanas suficiente o insuficientemente iluminadas, cualquier vía insuficientemente iluminada.

—Cualquier vía insuficientemente iluminada.

—Respuesta incorrecta. La primera opción

es la buena: vías interurbanas insuficientemente iluminadas.

—¡Es absurdo! —protestó Sonia—. Si circularas de noche por un oscuro camino rural, ¿no encenderías la luz de carretera?

—Claro que la encendería. Pero la pregunta no es cuándo te viene bien hacerlo, sino cuándo *debes* hacerlo. En el oscuro camino rural no es obligatorio encender la luz de carretera.

—Tienes razón, qué fallo tan tonto...

—Lo siento, Ana, vamos a dejarlo; estoy distraída.

—Ya lo veo. ¿Amores?

—Qué más quisiera yo... Ayer, yendo en coche con mi padre, tuve una experiencia muy extraña; te parecerá una tontería...

—Cuéntamelo. Si me parece una tontería, me río y ya está.

—Pues, verás, al tomar una curva que estaba señalizada como peligrosa pero que no lo era...

—¿Cómo lo sabes?

—Era amplia, con visibilidad...

—Tal vez estuviera mal peraltada.

—No.

—O puede que el firme estuviera en mal estado.

—Todo lo contrario: precisamente ese tramo estaba mejor que el resto de la carretera.

—Pues esa podría ser la explicación: la curva era peligrosa porque el firme estaba en mal estado; hace poco lo arreglaron, pero se olvidaron de quitar la señal.

—Puede que tengas razón; pero, en cualquier caso, lo raro es que en esa curva hay un pequeño cementerio, y un viejo estafalario que parecía salir de allí, con un sombrero cochambroso encasquetado en la cabeza, vino corriendo hacia el coche, gesticulando y poniendo caras horribles, como si quisiera echarnos de allí, o amenazarnos, o avisarnos de algún peligro inminente...

—El mundo está lleno de chiflados, ¿no te habías enterado? Como el profe de mates, sin ir más lejos.

—Ya, pero...

—¿Por qué pones esa cara de pasmo?

—Acabo de acordarme, no sé por qué, de

que por la noche soñé que volvía allí con mi ciclomotor... Bueno, con el que se supone que tendré dentro de poco... Y el viejo me hacía señas para que entrara en el cementerio, y luego me empujaba al interior de una tumba...

Sonia se interrumpió al ver la cara de espanto de su amiga.

—Es... Es... Es como... —balbuceó Ana.

—¿Cómo qué? —preguntó Sonia nerviosa.

—¡Como lo de Freddy! —exclamó por fin Ana.

—¿Qué Freddy? ¿Freddy Mercury, el cantante de Queen?

—¡No, Freddy Krueger!

—¿El de *Pesadilla en Elm Street*?

—¡Pues claro! ¿No ves las semejanzas? ¡Incluso el sombrero cochambroso!

—¿Quieres decir que el viejo del cementerio es un muerto viviente o algo así?

—¡Peor que eso! ¡Es un fantasma que puede colarse en tus sueños! Ten mucho cuidado, Sonia; procura cenar ligero, y sobre todo no comas queso por la noche, que provoca pesadillas.

La señal torcida

Sonia no creía en todas esas cosas sobrenaturales que a Ana tanto le gustaban —y a la vez tanto la aterrorizaban—, pero esa noche cenó poco, por si acaso. No pensaba que nadie, ni vivo ni muerto, pudiera colarse en sus sueños, pero no tenía ningunas ganas de tener pesadillas.

Y no las tuvo. Durmió profundamente y se levantó muy descansada. Lo de la cena ligera era una buena idea.

En el instituto, evitó volver a hablar con Ana del asunto, y aunque ella le hizo algunas preguntas, las eludió con el pretexto de que tenían que dedicarse a la «clase teórica». Contestó correctamente todas las preguntas e identificó

todas las señales de tráfico que le mostró Ana, que tenía una «baraja de señales» muy práctica: en el anverso de cada carta estaba el dibujo de la señal, y en el reverso la explicación correspondiente.

Pero después de comer, cuando se disponía a echarle una ojeada al libro de mates para preparar el examen del día siguiente, volvió a acordarse del viejo del cementerio. Y por más que lo intentaba, no lograba quitárselo de la cabeza.

De pronto, como empujada por un impulso irresistible, se puso el casco, salió de casa, cogió su bicicleta, que estaba apoyada contra la tapia del jardín, junto a la cancela, y se fue sin decir nada. No tenía ganas de dar explicaciones.

El pequeño cementerio estaba a unos veinte kilómetros, y la carretera era llana, casi sin curvas y poco transitada, de modo que Sonia llegó en menos de una hora.

La cancela parecía cerrada, pero cedió al empujarla. Y no chirrió lastimeramente, como le habría gustado a Ana. Y además hacía muy

buen día; el cielo estaba despejado y cantaban los pájaros. El lugar no era nada siniestro.

Pero sí extraño. Sobre las tumbas, en lugar de cruces había señales de tráfico. No señales reales, que habrían formado un enjambre multicolor poco adecuado para un cementerio, sino reproducciones en las que los vivos colores habían sido sustituidos por distintas tonalidades de gris, lo que le produjo a Sonia la desazonadora sensación de estar dentro de una película en blanco y negro.

Tras leer algunas inscripciones, llegó a la conclusión de que las personas que estaban allí enterradas habían fallecido en accidentes de tráfico, y las señales que había sobre las tumbas tenían que ver con el tipo de accidente. En una tumba presidida por una señal redonda con un gran 120 en el centro, había un epitafio que decía:

POR MIEDO A LLEGAR TARDE A MI DESTINO,
LLEGUÉ AQUÍ DEMASIADO PRONTO.

Y en otra tumba, sobre la que había una señal de prohibido adelantar, Sonia leyó con un estremecimiento:

NO QUERÍA IR DETRÁS DE NADIE
Y AHORA ESTOY DEBAJO DE TODOS.

Estaba a punto de marcharse de aquel desazonador lugar, cuando le llamó la atención una señal que estaba torcida. Era una señal de curva peligrosa a la derecha, pero con la flecha señalando hacia abajo, como si hubieran girado el triángulo 120° en el sentido de las agujas del reloj. Sonia se acercó y leyó el brevísimo e inquietante epitafio grabado sobre la lápida en grandes letras doradas:

NO ESTOY

Durante unos segundos contempló fascinada las dos palabras grabadas en la blanca piedra, y estaba a punto de darse la vuelta cuando le pareció oír un leve chirrido procedente de abajo.

Y la lápida se movió.

Si Sonia no hubiera estado mirándola fijamente, el levísimo movimiento podría haberle pasado inadvertido. Pero tenía los ojos clavados en la lápida, y vio claramente cómo la losa de piedra se deslizaba unos centímetros hacia la derecha.

Durante unos segundos interminables, permaneció pegada al suelo, como si sus pies hubieran echado raíces. Pero por fin consiguió reaccionar; se dio la vuelta, echó a correr sin mirar atrás, salió del cementerio, montó en su bicicleta y no paró de pedalear frenéticamente hasta que estuvo de nuevo en casa.

Esa noche Sonia no tomó una cena ligera. Directamente, se fue a la cama sin cenar.

El sepulturero

A la mañana siguiente, en el instituto, le faltó tiempo para contárselo todo a Ana.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó su amiga con los ojos desorbitados, no sin antes proferir media docena de exclamaciones y otros tantos gemidos ahogados.

—No lo sé... ¿Se puede hacer algo? —preguntó Sonia a su vez.

—Algo habrá que hacer... Avisar a la policía, tal vez...

—Si le digo a la policía que he tenido una pesadilla y luego he visto moverse una lápida en un cementerio, lo más que harán será partirse de risa.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—¿Estás de broma? Pensarían que veo visiones, y la primera medida sería no comprarme el ciclomotor.

—Y, hablando de visiones, y ya sabes que yo te creo, pero... ¿no pudo ser una ilusión óptica o algo así?

—En el momento, habría jurado que no. Pero esta mañana, al levantarme, y tras toda la noche sin dormir bien y dando vueltas en la cama, he empezado a dudar. A veces la vista nos engaña.

—¿Y si volvemos allí esta tarde para comprobarlo? Cuatro ojos ven mejor que dos.

—Y seis mejor que cuatro —añadió alguien a quien no habían oído acercarse.

Era Pedro, uno de los dos guaperas oficiales de la clase. Le gustaba Sonia; pero, aunque parecía buen chico, ella lo encontraba un poco superficial y no le hacía caso.

—¿Has estado escuchándonos a escondidas? —dijo Ana con tono de reproche.

—A escondidas no —se defendió él—. No estoy detrás de ningún árbol. Me he acercado a

saludaros y no he podido evitar oír algo de un cementerio y de que a veces la vista nos engaña.

—¿Y por qué has dicho que seis ojos ven mejor que cuatro? —preguntó Sonia.

—Porque si vais a ir a comprobar algo, yo puedo acompañaros —contestó Pedro con una encantadora sonrisa—. No es prudente que vayan por ahí dos chicas solas.

Las dos amigas se miraron en silencio durante unos segundos.

—Está bien —dijo al fin Sonia con tono condescendiente—. Te dejaremos que nos acompañes.

—Pero tienes que prometer que no se lo contarás a nadie —añadió Ana.

—Seré una tumba —dijo Pedro sin dejar de sonreír.

Quedaron a las cinco delante de la casa de Sonia.

Los dos llegaron puntuales, Pedro con su bicicleta de cross y Ana con su flamante ciclomotor nuevo.

—Podías haber venido en bici, para estar los tres igual —le dijo Sonia a su amiga.

—Ya lo he pensado —contestó ella—. Pero es mejor tener al menos un vehículo a motor, por si se produce alguna emergencia.

—¿Para que al menos una pueda huir a toda velocidad? —dijo Pedro con tono burlón.

—Para que alguien pueda ir a pedir ayuda a toda velocidad, listo —replicó Ana—. Además, iré todo el rato al mismo ritmo que vosotros. Aunque tendréis que cantar para que no me duerma.

Fueron en fila india, no solo porque era una norma básica de seguridad para bicicletas y ciclomotores en carretera, sino porque de esa forma Ana cortaba el aire y Sonia y Pedro tenían que hacer menos esfuerzo.

—Se va bien chupando rueda, ¿eh, colegas? —dijo Ana por encima del hombro.

—No tan bien como sin tener que pedalear —replicó Sonia, que iba en segundo lugar.

—No te quejes; esto forma parte de la operación bikini —rio Ana.

—¿Insinúas que tengo que adelgazar? —exclamó Sonia furiosa.

Pero Ana, con un leve golpe de acelerador, se había adelantado unos metros para no oír la respuesta de su amiga.

Llegaron al cementerio en menos de una hora. Dejaron el ciclomotor y las bicicletas junto a la tapia, caminaron hasta la verja, que seguía abierta de par en par, tal como Sonia la había dejado el día anterior, y entraron en el recinto.

Si la intención de Sonia hubiera sido impresionar a sus amigos, lo habría conseguido plenamente. Ana y Pedro no salían de su asombro al contemplar las señales de tráfico en gris sobre las lápidas, con sus breves y contundentes epitafios que eran a la vez advertencias para propios y extraños. Pero su intención no era impresionar a nadie. Aunque tampoco tenía muy claro cuál era en realidad.

Con paso temeroso, Sonia guió a sus compañeros hasta la tumba de la señal torcida.

Al ver la blanca lápida con la inscripción «No estoy», Pedro dijo con voz temblorosa:

—Te debo una disculpa, Sonia.

—¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—Porque pensaba que te habías dejado impresionar por algo sin importancia —contestó él— y que íbamos a venir a un cementerio como otro cualquiera... Pero esto... Esto no es normal...

—Y que lo digas —convino Ana contemplando la lápida desde una distancia prudential—. Al menos, hoy no se mueve.

—O no se ha movido todavía —puntualizó Pedro.

—Pues yo preferiría que siguiera sin moverse —dijo Sonia—. Aunque me dejara como una mentirosa.

Permanecieron varios minutos, que les parecieron horas, contemplando la lápida en silencio, sin casi atreverse a respirar. De pronto, Pedro dijo en voz muy baja:

—Voy a comprobar si está suelta.

—¿Estás loco?! —exclamó Ana.

—No te preocupes —la tranquilizó él—, no pienso levantar la lápida, ni creo que pudiera hacerlo aunque quisiera; solo quiero comprobar si está suelta. Intentaré desplazarla un pelín...

Y uniendo la acción a la palabra, se acercó a la tumba, se arrodilló junto a ella y empujó la lápida lateralmente.

—Parece que... —empezó a decir; pero no pudo concluir la frase porque lo interrumpió un grito amenazador.

—¡Malditos chicos! —tronó un recio vozarrón masculino a sus espaldas—. ¿Qué demonios estáis haciendo?

Los tres se volvieron a la vez y vieron, a unos diez metros de distancia, a un fornido hombre con mono de trabajo que los miraba con cara de pocos amigos; llevaba una pala en la mano, por lo que Sonia supuso que era el sepulturero. Dio un paso hacia él con intención de tranquilizarlo... y entonces, de pronto, la expresión del hombre pasó de la furia al terror. Con un gemido ahogado, soltó la pala que

blandía como un arma, se dio la vuelta y echó a correr.

La primera en reaccionar fue Ana. Primero lentamente, como si no quisiera llamar la atención, y luego cada vez más deprisa, caminó hacia la salida, y sus amigos la siguieron en silencio.

Mientras Ana, muy nerviosa, intentaba arrancar su ciclomotor, que parecía resistirse a ponerse en marcha, Sonia le dijo a Pedro:

—Yo también te debo una disculpa.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Creía que eras de los que prefieren no arriesgarse —contestó Sonia—. Nunca habría pensado que serías capaz de mover la lápida.

—Pues no andabas equivocada. Soy de los que prefieren no arriesgarse. Pero a veces me puede la curiosidad.

—Por cierto, ¿se ha movido?

—Parecía que cedía un poco, sí, pero no me ha dado tiempo a comprobarlo. Y reconozco que ahora no volvería ahí dentro por nada del mundo. Pero...

No pudo acabar la frase.

—¡En marcha! —dijo Ana dando un acelerón, y Pedro y Sonia montaron en sus bicicletas.

La señal invisible

Sonia estaba en su habitación tecleando furiosamente en el ordenador. Le habría gustado quedarse a charlar un rato con Ana y Pedro para cambiar impresiones sobre lo sucedido en el cementerio; pero había preferido llegar a casa lo antes posible para evitar preguntas indiscretas. Cuando se oía algo raro, su madre podía ser muy insistente haciendo preguntas, y Sonia no tenía ganas de dar explicaciones. Y menos a tres meses de su cumpleaños, o sea, de su ciclomotor: cualquier cosa que dijera podía ser usada en su contra.

Tras una accidentada búsqueda por internet, descubrió que el extraño lugar en el que acababa de estar era conocido como el Cementerio

de la Curva, pues, tal como supusiera Ana, había habido allí una curva muy peligrosa que provocó no pocos accidentes. La curva fatal por fin había sido corregida, y en el punto más peligroso de su antiguo trazado construyeron un cementerio en el que estaban enterradas algunas de las personas que habían perdido allí la vida, junto con otras fallecidas en otros puntos de los alrededores, también en accidentes de tráfico.

Saltando de una página a otra, logró averiguar los nombres y las historias de algunos de los inquilinos del Cementerio de la Curva, pero nada que pudiera darle una pista sobre la identidad o los motivos del viejo gesticulante del primer día.

Cenó muy poco y se acostó con la cabeza llena de siniestras imágenes de accidentes, tragedias familiares, tumbas y ataúdes, temiendo que iba a tener terribles pesadillas.

Pero no las tuvo, pues casi no pudo pegar ojo en toda la noche.

Se levantó al amanecer, se dio una larga du-

cha con el agua muy caliente, desayunó a toda prisa y salió de casa.

Su primera intención era dar un paseo para despejarse; pero acabó montando en la bicicleta y pedaleando cansinamente hacia el Cementerio de la Curva, como si una fuerza irresistible la arrastrara hacia allí. Era sábado y no tenía que ir al instituto, y sus padres se levantarían tarde; podía ir y volver antes de que la echaran de menos.

Al llegar, esperaba una primera sorpresa en la propia carretera: la señal de «Curva peligrosa» había desaparecido. Afortunadamente, su padre la había visto y habían hablado de ella, y también la habían visto y comentado Ana y Pedro; de lo contrario, Sonia habría empezado a dudar de sus recuerdos.

La verja del cementerio volvía a estar cerrada, pero esta vez no cedió al empujarla. Alguien la había cerrado con llave. Seguramente había sido el sepulturero que los había sorprendido junto a la tumba misteriosa.

Sonia dio una vuelta entera al recinto, buscando alguna abertura en la tapia, pero no la en-

contró. Tras unos instantes de vacilación, apoyó la bicicleta en el muro encalado, se subió de pie sobre el sillín y saltó la tapia sin dificultad.

Todo parecía tranquilo en el Cementerio de la Curva. Sonia lo recorrió de arriba abajo antes de detenerse, a una distancia prudencial, ante la tumba de la señal torcida. Y allí se llevó la segunda sorpresa. La señal estaba en su posición correcta, como si alguien hubiera girado el triángulo 120° en el sentido contrario al de las agujas del reloj. Tal vez el sepulturero, al verlos allí, se había fijado en la tumba y había corregido el error de la señal. Suponiendo que hubiera sido un error lo de poner la flecha señalando hacia abajo, y no una indicación deliberada y cargada de un siniestro significado...

Y mientras Sonia contemplaba inmóvil aquella tumba singular se produjo la tercera sorpresa. Una voz vacilante dijo tras ella:

—Vete, por favor.

Al volverse, vio al fornido hombretón del día anterior, que con toda probabilidad era el sepulturero de aquel extraño cementerio; no

llevaba el mono azul de trabajo ni la pala, pero lo reconoció enseguida por sus cejas excesivamente pobladas y su recia mandíbula. Estaba temblando.

—Vale, si quiere me voy —dijo Sonia procurando sonar tranquila, aunque no lo estaba en absoluto—; pero, si no le importa, me gustaría hacerle unas preguntas.

El hombre la miró fijamente, y su expresión pasó súbitamente del espanto al estupor.

—Tú no eres Amanda —dijo al cabo de unos segundos.

—Pues no, no soy Amanda —contestó Sonia encogiéndose de hombros—, ni sé quién es.

Y la cuarta sorpresa fue que el hombretón soltó una carcajada. Cuando remitió su ataque de risa nerviosa, dijo:

—Perdona, muchacha; vivo muy cerca de aquí, y mi mujer puede prepararte un buen desayuno mientras te lo cuento todo. Bueno, todo lo que yo sé...

Caminaron en silencio hasta una casita semioculta por los árboles que había a unos dos-

cientos metros del cementerio. Era una casa modesta pero agradable, con un patio delantero por el que correteaban un par de gallinas y unos cuantos pollitos.

La mujer del sepulturero pareció asustarse al ver a Sonia, pero el hombre le dijo:

—Tranquila, Teresa, no es Amanda.

Ella asintió con la cabeza y sonrió. Y mientras la mujer preparaba unos huevos revueltos, Sonia y el hombre se sentaron a ambos lados de una mesa de madera que había en un rincón de la acogedora cocina.

—Fue hace siete años —dijo él—. Por donde está el cementerio, pasaba una curva muy peligrosa en la que hubo muchos accidentes. En uno de ellos, el coche se salió de la curva y se incendió. Iban en él un hombre de unos sesenta años y su nieta de quince. Al hombre lograron sacarlo, pero la chica quedó atrapada. El coche estalló y de la pobre muchacha no quedó nada a lo que dar cristiana sepultura.

—¿Por eso en la tumba pone «No estoy»? —preguntó Sonia.

—Así es —contestó el hombre asintiendo con la cabeza—. El pobre abuelo se volvió medio loco, pues decía que Amanda había muerto por culpa suya, por insistirle en que se pusiera el cinturón de seguridad.

—¡Pero eso es absurdo!

—Pues claro que es absurdo. No pudieron sacarla porque la carrocería estaba toda aplastada y la pobre niña había quedado atrapada dentro, y seguramente ya estaba muerta antes de que estallara el coche. Pero el abuelo no atendía a razones. No paraba de repetir que la culpa era suya, que de no haber llevado puesto el cinturón de seguridad Amanda habría podido salir... Cuando, un par de años después, arreglaron la carretera e hicieron el Cementerio de la Curva, pidió que pusieran una tumba para su nieta, aunque no había nada que enterrar, y mandó poner en la lápida eso de «No estoy», que es bastante chungo, la verdad, pero el que paga manda... Él iba a menudo al cementerio, y me enseñaba fotos de Amanda, y me decía que algún día volvería. Y tú te pareces tanto a ella...

Cuando ayer te vi junto a su tumba, me llevé un susto de muerte.

—Y me lo dio a mí también —intervino Teresa mientras dejaba frente a Sonia un plato de huevos revueltos y un zumo de naranja—. Manuel apareció todo sudoroso y sofocado y me dijo que había visto a la niña muerta con un par de amigos.

—Pues sí que estoy muerta, pero de hambre —bromeó Sonia cogiendo el tenedor—. Muchísimas gracias...

La explicación completa

Cuando llegó a casa, sus padres estaban desayunando. Les dijo que había ido a dar una vuelta en bicicleta, lo cual, aunque no era toda la verdad, tampoco era falso. A Sonia no le gustaba decir mentiras, pero tampoco se sentía obligada a contarle todo; sobre todo si lo que decía podía ser utilizado en su contra.

Una vez en su habitación, le faltó tiempo para llamar a Ana y contarle lo ocurrido. Su amiga se mostró aliviada, por supuesto; pero también un poco decepcionada: le encantaba la magia y todo lo que tenía que ver con lo sobrenatural, y le fastidiaba un poco que aquella historia tan emocionante tuviera, al fin y al cabo, una explicación sencilla y nada esotérica.

Ninguna de las dos tenía el número de teléfono de Pedro, así que él tendría que esperar hasta el lunes para enterarse del desenlace.

Ana tenía que ir a casa de sus abuelos, de modo que Sonia, que era hija única y no tenía muchos amigos, pasó la tarde del domingo sola, pues no le apetecía ir al cine con sus padres. Quería tener tiempo para pensar. Y para hacer un experimento.

Su madre tenía un libro sobre las ilusiones ópticas, con muchas ilustraciones y propuestas de pruebas. Era muy interesante, y Sonia pasó buena parte de la tarde leyéndolo. Leyéndolo y comprobando que, efectivamente, ciertas combinaciones de colores o de formas podían inducir en el observador la sensación de movimiento, sobre todo si se fijaba la vista durante unos segundos. Como ella había fijado la vista en la lápida, de un blanco deslumbrante y a pleno sol.

También decía el libro que las impresiones auditivas podían potenciar las ilusiones ópticas, o incluso convertirse en sensaciones visuales, por un fenómeno llamado sinestesia. Y segu-

ramente era eso lo que le había ocurrido a ella en el Cementerio de la Curva: un leve chirrido, como de algo que se arrastraba por el suelo, junto con el hecho de tener la mirada fija sobre una superficie blanca e intensamente iluminada, había producido la ilusión de movimiento.

El último punto dudoso de aquella macabra historia estaba aclarado, y Sonia sintió un enorme alivio. Leyó un rato, vio una película en la tele y se acostó muy temprano, inmediatamente después de cenar, pues estaba agotada. Por primera vez en varios días, durmió profundamente y de un tirón.

Un cabo suelto

A la mañana siguiente, nada más llegar al instituto y en los pocos minutos previos a la primera clase, Sonia le contó brevemente a Pedro su conversación con el sepulturero. Él la escuchó con mucha atención, asintiendo con la cabeza de vez en cuando, pero no dijo nada, ni siquiera pareció aliviado. Y durante el recreo no se acercó a hablar con Ana y con ella, como habría sido de esperar.

—¿Qué le pasará a Pedro? —preguntó Sonia.

—No sé —contestó Ana encogiéndose de hombros—. Como le gustas, igual está haciéndose el interesante.

—No creo. Parece preocupado.

—Tía, pues pregúntaselo.

—Tienes razón. ¿Vamos?

—Ve tú. Le hará más ilusión que se lo preguntes tú sola.

—No te pases.

—Además, si vamos las dos parecerá un interrogatorio.

—En eso puede que tengas razón... Vale, voy yo.

Sonia se acercó a Pedro, que estaba solo en un rincón, pensativo. Ni siquiera estaba comiéndose su habitual bocadillo de pan integral.

—¿Estás molesto por algo, Pedro? —le preguntó Sonia sin rodeos.

—¿Molesto? —se sorprendió él—. No, claro que no. ¿Por qué iba a estar molesto?

—No sé... No pareces alegrarte de que todo se haya aclarado.

—Es que... no estoy seguro de que se haya aclarado todo —dijo Pedro tras una pausa—. Creo que queda un... cabo suelto.

Lo dijo en voz muy baja y mirando a dere-

cha e izquierda, como si tuviera miedo de que alguien más pudiera oírlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sonia con una mezcla de sorpresa y desazón.

—No es como para comentarlo aquí deprisa y corriendo... ¿Podemos quedar un rato esta tarde?

—Vale. Vamos a preguntarle a Ana a qué hora le viene bien.

—No es que quiera excluirla, luego se lo contamos a ella también, claro; pero primero quisiera hablarlo contigo. Ya sabes que Ana es un poco esotérica y le va el rollo de los fantasmas y esas cosas.

—De acuerdo... ¿Quedamos en «El Corzo»?

—¿Esa cafetería con terraza que hay a la entrada de la urbanización?

—Sí, es un sitio tranquilo. A veces Ana y yo quedamos allí para estudiar.

—Vale. ¿A qué hora?

—¿A las cinco?

—De acuerdo.

En ese momento sonó la campana que indicaba el final del recreo.

Cuando, al salir del instituto, Sonia le contó a su amiga que había quedado con Pedro, Ana soltó una risita.

—Está más claro que el agua —dijo con expresión pícaro—. Lo que quiere es ligar contigo.

—Que no, tía, que parecía bastante preocupado, te lo digo en serio —replicó Sonia.

—Claro. Está preocupado porque no le haces caso... Hazme caso tú a mí, que soy mayor que tú.

—Siete meses.

—Siete meses dan para mucho a nuestra edad. Ya verás la de cosas que haces en los próximos siete meses... Sobre todo si ligas con Pedro.

Un nudo en la garganta

Sonia llegó a la cafetería a las cinco en punto, y Pedro ya estaba allí, en una de las mesas de la terraza, en la que no había nadie más. Sobre la mesa, una carpeta tamaño folio.

—¿Hemos quedado para estudiar? —bromeó Sonia señalando la carpeta.

—En cierto modo, sí —contestó él con una sonrisa un poco forzada—. Antes que nada, deberíamos darnos los números de los móviles. Supongo que ayer no me llamaste porque no tienes mi número.

—Es verdad —convino Sonia sacando su móvil—. Deberíamos haberlos intercambiado antes de empezar nuestra visita al cementerio.

Por eso no pude avisarte ayer de que todo se había aclarado.

—Pues, en cierto modo, fue una suerte que no pudieras avisarme, porque si lo hubieras hecho me habría relajado y no me habría pasado la tarde buscando por internet.

Se intercambiaron los números telefónicos, y luego Pedro abrió la carpeta y le pasó a Sonia media docena de folios impresos. Ella los miró en silencio. Primero los pasó uno tras otro para ver los titulares y las imágenes. Luego leyó con atención los fragmentos que aparecían marcados en rojo.

—No puede ser... —dijo Sonia con un hilo de voz.

Eran noticias y comentarios sobre el Cementerio de la Curva y sobre el accidente en el que había perdido la vida Amanda. En una de las hojas había una fotografía de la chica y, realmente, su parecido con Sonia era asombroso. Pero eso era lo de menos. En otra de las páginas impresas venía una fotografía del abuelo, un primer plano en el que se distinguía su rostro,

distorsionado por el dolor, con toda claridad; y, tal como Sonia había supuesto, era el viejo estrafalario que había corrido hacia el coche gesticulando como un poseso.

—¿Es ese el hombre al que viste el otro día? —preguntó Pedro tras una larga pausa.

Sonia, incapaz de hablar, asintió con la cabeza.

—¿Has leído lo que pone debajo de la foto?

Sonia volvió a mover la cabeza afirmativamente. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Pues, según el texto que había al pie de la fotografía, aquel hombre llevaba muerto más de dos años.

En aquel momento se acercaba una camarera.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Pedro a Sonia.

Ella negó con la cabeza. El nudo no se aflojaba. No podía hablar, no podía tragar.

—Dos tilas, por favor —le dijo Pedro a la camarera.

Y cuando la chica se fue, añadió:

—Si no la quieres, me tomaré yo las dos. Las necesito.

Sonia también necesitaba una tila. O dos. Cuando la camarera volvió con las infusiones, el nudo de su garganta se había aflojado un poco.

—Gracias —dijo con un hilo de voz, y se sirvió con mano temblorosa la humeante infusión.

Permanecieron en silencio varios minutos, evitando mirarse. Ninguno de los dos sabía qué decir. Por fin habló Sonia:

—¿Te atreverías a volver allí?

Esta vez fue Pedro el que asintió con la cabeza.

—¿No te da miedo? —preguntó Sonia.

—Mucho —admitió él—. Pero la curiosidad es más fuerte. Y no es solo curiosidad: si no aclaramos este misterio, nunca podremos quitárnoslo de la cabeza.

—Estoy de acuerdo... Veo que has venido en bici —dijo Sonia señalando la bicicleta de cross de Pedro, que estaba apoyada en una fa-

rola, con su vistoso casco rojo y negro colgado del manillar—. Yo he venido andando, mi casa está muy cerca... Voy un momento a buscar mi bici. Y tenemos que avisar a Ana, por si quiere venir ella también. No podemos dejarla al margen.

—¿No desmadrará mucho? —preguntó Pedro—. Ya sabes que le va el rollo de los muertos vivientes y todo eso.

—Creo que, tal como están las cosas, nos va a dar lo mismo que nos vaya el rollo o que no nos vaya.

—Tienes razón. Y de todos modos en algún momento hay que decírselo. Mejor cuanto antes. Y mejor ir tres que dos.

—¿Me das esta hoja? —preguntó Sonia mostrando la página en la que se veía la fotografía del abuelo—. Es para enseñársela a mi padre.

—Sí, claro. Pero va a flipar cuando lea que está muerto.

—La recortaré y se la enseñaré sin el texto, de momento. Es para comprobar si él también

vio al mismo hombre. A lo mejor todo son alucinaciones mías.

—Todo no, Sonia —dijo él negando con la cabeza—. El otro día no os lo dije, pero cuando me agaché para intentar mover la lápida oí algo, un ruido... Como si algo se moviera dentro de la tumba.

El nudo volvió a atenazarle la garganta. Sin decir nada más, Sonia se levantó y fue hacia su casa.

En cuanto llegó subió a su habitación, recortó la foto del anciano y fue al despacho de su padre, que estaba revisando unos papeles.

—Hola, papá.

—Hola, Sonia. Tienes mala cara, ¿te encuentras mal? —le preguntó su padre con expresión preocupada.

—No, solo estoy un poco cansada —contestó ella esforzándose por sonreír.

—De tanto estudiar, supongo —ironizó él.

—Por supuesto... ¿Te suena esta cara?

Su padre miró la foto con el ceño fruncido y dijo:

—Sí, me suena mucho... Ya sé: es el viejo loco que vimos en la carretera, ¿verdad?

—Sí, eso me parecía a mí; quería comprobarlo.

—¿De dónde has sacado esta foto?

—De internet. He estado buscando información sobre el cementerio que hay en esa curva que no debería estar señalizada, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

—Pues antes había ahí una curva muy peligrosa, y hubo muchos accidentes, y por fin cambiaron el trazado de la curva, y el cementerio lo hicieron en el punto de mayor peligro del tramo antiguo, y por eso se llama el Cementerio de la Curva.

—Qué curioso... No conocía esa historia. La verdad es que nunca voy por esa carretera; lo hice el otro día para poder hacerte algunas preguntas sobre seguridad vial.

—Pues bien, en esa curva se mató el viejo loco al que vimos el otro día...

—Pues para estar muerto corría que se las pelaba.

—Quiero decir —se apresuró a corregirse Sonia sonrojándose por su desliz— que tuvo un accidente mortal en el que murió su nieta... ¿Estás seguro de que es el de la foto? A mí me parece que sí, pero ya sabes que no soy muy buena fisonomista.

—Pues yo sí que soy buen fisonomista —dijo su padre mirando de nuevo la fotografía—, porque tengo que fijarme bien en las caras para recordar a mis clientes, y puedo asegurarte que este hombre es el mismo del otro día. A no ser que sea su hermano gemelo.

¡Su hermano gemelo! El hombre que habían visto en el Cementerio de la Curva era el hermano gemelo del abuelo de Amanda. O, simplemente, un hermano muy parecido. Esa podía y debía ser la explicación.

—Gracias, papá —dijo Sonia, y volvió corriendo a su habitación para llamar a Ana.

Tras poner en antecedentes a su amiga, le dio todos los datos del abuelo de Amanda y le pidió que investigara en internet para ver si tenía algún hermano.

—Luego reúnete con nosotros en el cementerio —concluyó Sonia—. Tómate tu tiempo; como vas en ciclomotor, tardarás mucho menos que nosotros, y además antes vamos a pasar por la casa del sepulturero.

Cogió parte del dinero que tenía ahorrado, se puso el casco, salió corriendo de casa, montó en su bicicleta y fue a reunirse con Pedro.

—Mi padre ha confirmado que el hombre que vimos es el de la foto —le dijo sin preámbulos—; pero podría ser un hermano muy parecido, tal vez un gemelo.

—Es una explicación un poco traída por los pelos, ¿no te parece? —objetó él.

—Sí, pero mucho menos traída por los pelos que la explicación del muerto viviente. Anda, vamos... Pero antes quiero comprar unas flores.

El epitafio truncado

En casa de Manuel, el sepulturero, los recibieron con alegría.

—Estas flores son para ti, Teresa —dijo Sonia ofreciéndole a la mujer el ramo que llevaba en la mano.

—Muchas gracias, hija, no haberte molestado —dijo ella—, son preciosas.

—No tan preciosas como tus huevos revueltos —bromeó Sonia.

—¿Y esas otras? —preguntó Manuel señalando el ramo que llevaba Pedro.

—Estas son para Amanda —contestó el chico.

Manuel asintió con la cabeza sin hacer ningún comentario.

Sonia se sacó del bolsillo la fotografía que había recortado y se la enseñó al sepulturero.

—¿Es este el abuelo de Amanda? —le preguntó.

Manuel volvió a asentir con la cabeza. En su rostro curtido había una gran tristeza.

—Es él, sí —contestó el sepulturero con un suspiro—. Esa foto salió en un periódico cuando... murió.

—¿Sabes cómo murió? —preguntó Sonia—. En internet no dan ningún detalle.

—No me extraña —comentó Teresa mientras ponía las flores en un jarrón—. En esos casos no suelen decirlo... El abuelo de Amanda no aguantó tanta pena y se suicidó, el pobre hombre.

—Se tiró al mar —añadió Manuel—. Dejó una carta diciendo que no quería que se encontrara su cadáver, igual que no se había encontrado el de su nieta.

—¿Y luego ha venido alguien de su familia por aquí? —preguntó Sonia tras una pausa—. Un hermano, tal vez...

—No, que yo sepa —contestó Manuel encogiéndose de hombros—. Amanda era huérfana, por eso vivía con su abuelo, y creo que no tenían más familia.

Tras despedirse del sepulturero y su mujer, Pedro y Sonia se dirigieron al cementerio. Apoyaron las bicicletas en la tapia y cruzaron la verja, que volvía a estar abierta, tal como les había dicho Manuel.

—La teoría del hermano gemelo pierde fuerza —dijo Sonia mientras se encaminaban hacia la tumba de Amanda.

—Deberíamos haberle pedido al sepulturero que nos acompañara —opinó Pedro.

—Me daba corte decírselo.

—A mí también.

—Pero no tenemos por qué seguir. Nadie nos obliga a hacer esto.

—¿Estás segura?

Las últimas palabras de Pedro, dichas casi en un susurro, hicieron que de nuevo se formara un apretado nudo en la garganta de Sonia.

Y allí estaban, frente a aquella blanca lápida que, bajo el sol de la tarde, parecía brillar con luz propia.

Y la señal volvía a estar torcida, con la flecha señalando hacia el suelo, como si alguien hubiera girado de nuevo el triángulo 120° en el sentido de las agujas del reloj.

Y sobre la inscripción había una hoja que tapaba el *NO*, de modo que lo que se leía era:

ESTOY

—Que no cunda el pánico —dijo Pedro mientras con mano temblorosa depositaba el ramo de flores sobre la lápida—. Es una hoja caída de un árbol que, casualmente, ha tapado parte del epitafio.

—Me gustaría creerte —contestó Sonia al cabo de unos segundos, cuando por fin recuperó la voz—. Pero es una hoja de higuera, y aquí no hay más árboles que los cipreses.

Echaron a correr como alma que lleva el diablo; pero estaban tan aturdidos que en lu-

gar de ir hacia la salida del cementerio fueron en dirección contraria y se toparon con la tapia.

Y entonces Pedro tuvo un gesto que Sonia nunca olvidaría: en vez de saltar la tapia a toda prisa, formó con sus manos un estribo para que ella, que no era tan alta como él, pudiera apoyar el pie y alcanzar el borde del muro con facilidad.

La claridad nocturna

A los pocos minutos se cruzaron en la carretera con Ana, que les dijo en cuanto se detuvieron:

—Por lo mucho que corríais, deduzco que lo que vais a decirme no me va a tranquilizar.

—En realidad, no ha pasado nada —se apresuró a decir Pedro.

—Pero no parece que el abuelo tuviera un hermano gemelo —añadió Sonia.

—Ni gemelo ni no gemelo —dijo Ana—. Era hijo único y no tenía más familia que Amanda, que también era hija única y, además, huérfana de padre y madre. He tenido suerte con la búsqueda y ahora lo sé todo sobre Heraclio, que era como se llamaba el abuelo de Amanda.

—¿Sabes cómo murió? —preguntó Sonia.

—Se suicidó —contestó su amiga—. Se tiró al mar y nunca encontraron su cadáver. Aunque, por la cara que traéis, igual acabáis de encontrarlo vosotros.

—No, pero... —empezó a decir Pedro.

—Ese pero no me gusta nada —lo interrumpió Ana—, y menos estando a solo un par de kilómetros del cementerio. Vámonos de aquí cuanto antes, chicos.

Siguiendo a Ana, que iba delante cortando el aire, llegaron a la urbanización en poco más de media hora; pero ya estaba anocheciendo y tenían que volver cuanto antes a sus respectivas casas, o de lo contrario tendrían que dar muchas explicaciones. Y ninguno de los tres tenía ganas de dar explicaciones.

Sonia cenó muy poco y se fue a la cama temprano. Quería quedarse profundamente dormida y olvidarse de aquel endemoniado asunto hasta el día siguiente.

Pero el sueño no llegaba.

Al cabo de un par de horas, Sonia se levantó

y se asomó a la ventana. La noche estaba despejada y la luna, casi llena, brillaba alta en el cielo.

Y de pronto fue como si la claridad de la noche, la blanca claridad de la luna, entrara dentro de ella. Y lo comprendió todo.

No podía esperar hasta la tarde siguiente. Se vistió, cogió el chaleco reflectante que siempre se ponía cuando iba en bicicleta por la noche y salió de casa sigilosamente.

No había nadie en la calle, y tampoco en la carretera. Como en un sueño, avanzó silenciosamente por la reluciente calzada, que la luz de la luna convertía en una cinta de plata, y al cabo de una hora escasa apoyaba la bicicleta en la tapia del Cementerio de la Curva.

La verja estaba abierta de par en par, como invitándola a pasar. Y Sonia aceptó la invitación.

Caminó lentamente hacia la tumba de Amanda. Y de pronto lo vio. El anciano estaba sentado sobre la lápida, contemplando ensimismado el ramo de flores que tenía en las manos. A la luz de la luna, que resaltaba la palidez de su rostro, parecía un espectro. Sonia sintió un es-

calofrío, pero se obligó a seguir adelante. Cuando estuvo a menos de un metro del anciano, le preguntó:

—¿Te gustan las flores?

—Son muy bonitas —contestó él sin levantar la vista—. A Amanda le gustan mucho las flores.

—¿Me parezco a ella?

El anciano alzó los ojos y la miró con una tristeza infinita.

—Mucho —contestó con la voz quebrada—. La primera vez que te vi pensé que eras ella.

—Yo también tengo un abuelo parecido a ti —dijo Sonia sentándose en la lápida junto al anciano—. Un día, hace un par de años, iba en coche con él y no quería ponerme el cinturón de seguridad, porque estaba jugando con mi consola portátil y quería moverme con libertad. Al final mi abuelo me convenció y me puse el cinturón. Tuvimos un pequeño accidente, nada importante; pero mi consola salió despedida y rompió el parabrisas. Si no hubiera

llevado puesto el cinturón, lo habría roto con la cara... Si vuestro accidente no hubiera sido tan grave, el cinturón habría salvado a Amanda. Le diste el mejor consejo que podías darle, y cada vez que alguien le dice a un niño que haga lo mejor para su seguridad, está cuidando de todos los niños del mundo. Como mi abuelo. Como tú. Por eso te he traído esas flores, en señal de agradecimiento.

Por la mejilla del anciano resbaló una lágrima que la luz de la luna convirtió en una gema resplandeciente.

La señal necesaria

Cuando llegó de vuelta a casa, eran casi las cuatro. Afortunadamente, sus padres no se percataron de su pequeña escapada nocturna. Aquella noche Sonia durmió muy poco, pero profundamente.

—Es muy sencillo —les dijo a Ana y Pedro en el recreo—. Si un muerto va correteando por ahí, es que no está muerto.

—¡Pero se suicidó! —exclamó Ana—. ¡Salió en el periódico!

—¿Todavía te crees todo lo que dicen los periódicos? —bromeó Sonia—. Dejó una carta diciendo que se tiraba al mar para que no encontraran su cadáver, como había pasado

con su nieta, y se retiró del mundo. Y de vez en cuando se metía en la tumba vacía de Amanda, porque pensaba que debería haber muerto él en lugar de ella.

—Pero eso no tiene sentido —objetó Ana.

—Claro que no tiene sentido —intervino Pedro—. Es evidente que el pobre hombre estaba trastornado.

—Dio la casualidad de que estaba saliendo del cementerio justo cuando mi padre y yo pasábamos por allí —continuó Sonia—, y al verme me confundió con su nieta; por eso se excitó tanto: pensó que iba a repetirse el accidente de aquel día horrible.

—Pero lleva años yendo a ese cementerio, ¿no? —comentó Pedro.

—Cinco años —confirmó Sonia—. Y durante los dos últimos años, estando oficialmente muerto.

—¿Y en todo ese tiempo no lo ha visto nadie? —preguntó Ana antes de darle un gran mordisco a su bocadillo. Al parecer la excitación estimulaba su apetito.

—Supongo que sí —contestó Sonia encogiéndose de hombros—; pero a no ser que lo pillaran justo cuando salía de la tumba, no tiene nada de raro ver a un anciano en un cementerio, aunque tenga un aspecto un poco estrafalario.

—Y si alguien lo vio salir de la tumba, es probable que no dijera nada y que no volviera nunca por allí —opinó Pedro.

—Pero el sepulturero lo habría reconocido —insistió Ana tras tragar el penúltimo bocado.

—Se me ocurren dos posibilidades —dijo Sonia—. O bien Manuel lo sabía y no decía nada por respeto a Heraclio, o bien Heraclio evitaba coincidir con él, cosa no muy difícil conociendo su horario de trabajo.

Tras una pausa, Pedro dijo:

—Sí, es la explicación más razonable. La única razonable, en realidad, para quienes no creemos en fantasmas —añadió mirando significativamente a Ana.

—Oye, no me mires así, que yo no he dicho nada —protestó Ana con la boca llena.

—No, nada. Solo dijiste que el viejo del cementerio era como Freddy Krueger —le recordó Sonia.

—Vale, tía, pero no lo decía en serio —se justificó Ana—. Solo quería darle un poco de morbo a la cosa.

—Yo estoy convencido de que tienes razón —dijo Pedro al cabo de unos segundos—. Pero hay una cosa que no entiendo: lo de la hoja tapando el «no» del epitafio.

—Era una señal —explicó Sonia—. A su manera, en su lenguaje de perturbado mental, quería decirnos que estaba allí.

—¿Para qué? —preguntó Ana con cierta inquietud.

—Para pedirnos ayuda —contestó Sonia—. Para que lo ayudáramos a salir de esa tumba en la que se ha enterrado en vida.

—¿Y cómo podemos ayudarlo? —preguntó Pedro.

—Él nos lo dirá —contestó Sonia con una sonrisa—. Puede que no directamente, pero sí con alguna señal... Hemos quedado para me-

rendar en casa del sepulturero. Os espero a las cinco en «El Corzo» para ir para allá. Por cierto, Teresa, la mujer de Manuel, hace unos huevos revueltos que están... de muerte.

Índice

Cebras, ciclistas y ciclomotores	7
La señal innecesaria.....	15
Un sueño extraño.....	23
El abuelo plasta.....	27
Una explicación... o dos	31
La señal torcida.....	35
El sepulturero.....	41
La señal invisible.....	51
La explicación completa	59
Un cabo suelto	63
Un nudo en la garganta	67
El epitafio truncado	77
La claridad nocturna.....	83
La señal necesaria.....	89

FUNDACIÓN MAPFRE

www.circulando.es

www.fundacionmapfre.com



“A Sonia solo le faltaban tres meses para cumplir quince años y, por primera vez en su corta pero intensa vida, sabía perfectamente y con mucha antelación lo que quería como regalo de cumpleaños: un ciclomotor”.

Pero Sonia no sólo tendrá que someterse a las “rigurosas pruebas de aptitud y responsabilidad” que sus padres le exigen para comprarle un ciclomotor. Ella y sus amigos se verán envueltos en una escalofriante aventura que los convertirá en espontáneos detectives.

de 12 a 16 años



9 788498 443158